MAR HORNO

PIEDRASANTAS

La presente obra ha ganado el XXXV PREMIO TIFLOS DE CUENTO, convocado por la ONCE, y otorgado por un jurado presidido por D. Andrés Ramos Vázquez; vicepresidido por D. Ángel Luis Gómez Blázquez y D.ª Imelda Fernández Rodríguez, y compuesto por D. Luis Mateo Díez Rodríguez, D. Luis Alberto de Cuenca Prado, D. Manuel Longares Alonso, D.ª Fanny Rubio Gámez, D.ª María Ángeles Pérez López, D. Ángel Basanta Folgueira, D.ª Care Santos Torres, D. Santos Sanz Villanueva, D. Ángel Luis Prieto de Paula, D.ª Pilar Adón, D. José Ovejero Lafarga, D.ª Aurora Luque Ortiz, D.ª Penélope Acero Cayuela, D.ª Christina Linares del Castillo-Valero, D.ª Laia Salvat Rius y D. Francisco José Maldonado Aguilar, en su calidad de secretario del jurado.

ONCE grupo social ONCE

MAR HORNO

PIEDRASANTAS

XXXV PREMIO TIFLOS DE CUENTO

CASTALIA EDICIONES
edhasa

CASTALIA EDICIONES es un sello propiedad de edhasa

Diputación 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es

Consulte nuestra página web:
https://www.castalia.es
https://www.edhasa.es

Primera edición: mayo de 2025

© Ilustración de la cubierta: *Niño con ancla,* Winslow Homer, siglo XIX.

© de la edición: Mar Horno, 2025
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2025

ISBN 978-84-9740-945-2
Depósito Legal B 7693-2025

Impreso en Huertas Industrias Gráficas
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

A mi abuela Emilia y a los cuentos
que sembró en mi cabeza.

ÍNDICE

PARAÍSOS 11
LA POBRICA 19
MOTES 33
PIEDRASANTAS 45
DIOS ES UN VIEJA ECHADORA DE CARTAS 59
MÁS COMÚN DE LO QUE PARECE 71
LA AHORCADA. 79
ANCLAS 89
LA TETA DE SANTA ALUCEMA 99
CUATRO NOCHES. 109
ANIMALES 121
MORIR DE AMOR 131

PARAÍSOS

El otoño descuella sobre las cenizas del verano. Verano de sequía y gallinas muertas. Una casucha se levanta junto a unos olivos anémicos y de mala casta que han sido ganados a la selva. La exuberante vegetación espía desde la frontera, dispuesta a reconquistar su territorio en cualquier momento. El mar queda lejos, pero algunas noches de marejada se oye su mal humor desde el terruño.

Es aún de noche. Mateo se levanta del lecho, tose, se ciñe el pantalón con una cuerda y sale de la casa. Con las manos en la cintura, mira el pedazo del mundo que le ha tocado en suerte. Escupe. Maldito el andaluz que lo convenció para que plantara olivos en aquella tierra del diablo. «Hazme caso, Mateo, la tierra volcánica dará buen aceite, le dará un sabor dulce y afrutado que encandilará a tus paisanos. Te harás rico». Y después de cinco años solo ha conseguido pasar hambre y perder sus cuartos en traer los plantones desde ultramar.

El hombre se dirige al corral para coger algunos aperos. Observa las piquetas y la limpia amontonadas junto al pilón. Cerca de ellas hay un bulto blanquecino y resplandeciente tirado en el suelo. Maldice.

–¡Zoquetes que no sirven *pa ná*!

Camina hasta allí y se agacha sobre lo que cree un lienzo blanco de recolección que sus hijos han olvidado atar y ha

quedado desmadejado. Pero se detiene al ver lo que es. Se queda paralizado, como si estuviera detenido en un retrato.

–¡*Cagonmismuertos*!

Desanda de espaldas unos pasos, trastabilla y cae de culo sobre el empedrado.

Un quejido que parece un suspiro, o un soplo de viento, o un aleteo, sale de la extraña figura enroscada sobre el pavimento.

–¡María, María!

La mujer, que estaba en la cuadra ordeñando a las cabras, levanta la cabeza, aún las manos sobre las tetas calientes. Intenta averiguar el significado del deje de temor que nota, por primera vez en su vida, en las voces del marido.

Sale al corral despacio, ve a su hombre tirado en el suelo y un bulto junto a él. Se asusta. Corre y se mete en la casa gritando y llamando a los hijos.

–¡José! ¡Pascual! ¡Deprisa, apuraos, es padre...!

Se oyen pasos apresurados dentro de la casa, golpes, reniegos.

Dos robustos muchachos llegan junto al padre y le ayudan a levantarse sin comprender lo que pasa. Él se los quita de encima a manotazos, blasfema y agarra la hoz que le queda cercana. Se va para el bulto y con la mano libre lo voltea despacio. La luz del alba se derrama sin que nadie se dé cuenta y se apresura a acariciar, como una amante rendida, el rostro de la figura que yace tumbada en el patio. Parece un hombre, pero nunca ha sido tal cosa.

Una niña fea, de pelo fino y una pierna mala, se asoma al corral para observar la escena.

Todos arguyen, pero el padre decide. Entre todos lo meten en la casa. Los mocetones con cuello de toro lo agarran por

el torso, el hombre, por las piernas. La madre y la niña no se atreven a tocarlo. Lo acomodan sobre la mesa de la cocina.

No pueden creer lo que ven sus ojos. Pero los ojos no mienten, miente la boca y ninguno la abre. No pueden hablar, ni pensar, ni respirar. Solo sentir. Notan que se ahogan en un líquido denso con olor a nardos.

El ser es tan bello que cuando lo miran de seguido les hace llorar. Pasan los minutos, quizás las horas. No saben. Por fin el padre habla con torpeza de borracho, sin convicción.

–Ni nos incumbe ni es tema nuestro. Le cubrimos la desnudez, lo acercamos con la mula al cruce y allí que *arguien* que se dirija a San Juan de Pascua lo ampare.

Pero la niña de la pierna mala acaricia sin temor una de las alas de la criatura, que parece astillada, y dice que no, que se queda y que se queda.

–Hasta que se alivie, padre. Lo harías con un *perrico* enfermo, ¿con *é,* no?

La niña fea, único resquicio en la corteza dura del hombre, lo convence. El padre refunfuña, pero al final, transige. Después se va a desvaretar los olivos. El día es claro.

* * *

La criatura se queda con ellos.

Tiene una sonrisa marina, la piel azulada y un cuerpo asexuado que pasea desnudo por la casa, sin recato. Come silencio y bebe risas, aunque en aquella casa siempre tendrá sed. Le gusta echarse a dormir en la despensa, junto a las cántaras de aceite y las arañas. Lo único abundante en la casa. No dice nada, menos que nada, como si no conociera las palabras. La niña fea, por la noche, cuando todos duermen,

le frota el ala rota con aceite de oliva del que quedó de la pasada cosecha.

Transcurre un día, transcurre una semana. Al cuarto domingo, la criatura entra en la cocina cuando todos están engullendo la comida en silencio, y habla por primera vez, pero como si lo hiciera para sí misma:

–El día encopolado no tiene sabor a libélula porque vosotros no anheláis.

La niña fea rompe el mutismo y ríe hasta caerse del escabel. Los demás no ríen por fuera, pero la luz de la cocina parece que cambia y se esclarece. Motas de polvo bailan al sol junto a la ventana abierta.

Hoy no se trabaja y Mateo haraganea en la casa más de la cuenta. Luego ayuda a la mujer con la leña. Ella lo mira de reojo, como si lo viera por primera vez, sin saber a qué ceñirse. Llega la tarde, fuera estalla una tormenta bienhechora. Llueve sobre el olivar sediento. Después de cinco meses. Las aceitunas arrugadas se estiran y desperezan, engordan y se tornan brillosas.

Al día siguiente continúa lloviendo. La criatura derrama otra frase:

–Avecilla dentro tienes, volantuar tú puedes sobre pétalos de trientela.

La niña flaca se atreve y dice que quiere ir a la escuela. La madre no dice nada. El padre no dice que no.

Otra tarde, el ser anuncia:

–El viento trae colmenas, embadurna sin premura con mielosa la mano que labranta.

La mujer flaca se pone en el pelo una horquilla con forma de media luna que emite destellos junto a sus ojos. Hace una torta dulce y la deja junto a la ventana para que se enfríe y se

vea desde el olivar. Todos se lavan antes de cenar. Comen en silencio, pero no en el silencio de siempre. Las causas, son otras.

Otro día:

–Si tú sin él no quieres ser, capitula la cizaña cuando el horizonte se emborrona de púrpura cimbreante.

Esa mañana la madre encuentra unas margaritas sobre la desvencijada cómoda. Pero le parecen rosas. Se mira al espejo y se arregla el pelo. Se pone el vestido de las misas. Pero no va a misa.

Y así transcurren semanas, palabras, amagos, mudanzas, nuevos gestos, minúsculos gozos.

La criatura sigue esparciendo sus soliloquios a buena traición mientras la familia realiza sus quehaceres: «Dulce la nostalgia se vuelve si el alma sube al tejado en azulema de espuma». «Para vos no tengo temor si abierta tenéis la puerta del cercado». «Ningún azul es tan azul como cuando pintas las infuladas fachadas de blanco». «Tengo fresas en la boca, ¿quieres el olor del suelo donde crecen?».

Diminutos gozos. Pero gozos, al fin y al cabo.

* * *

Hasta el martes. Un martes. Da igual el martes.

La niña se encuentra a la criatura tiritando. Remueve en el baúl con premura, encuentra una camisa vieja y se la pone. Está helada. Es una señal, aunque no sabe de qué. El ser agita el ala rota con fuerza y ésta responde elevándolo un palmo del suelo. La niña fea cae en lo que va a acontecer. Se va a marchar. Ha sanado. Las sombras se despeñan sobre la hierba que ha crecido en el olivar. Algo se pudre en la cocina. Se ahogan las salamandras en el pozo.

Por una ventana queda encuadrado el camino, Mateo vuelve de trabajar. Silba mientras anda despacio, el azadón al hombro. Ve acercase a la niña fea, que corre sin cojear apenas. El hombre amaga una sonrisa, pero se agria al ver la expresión de la hija.

–¡Padre, padre! Él se va. Yo no quiero, no lo deje, no quiero lo de antes, si viene otra vez lo de atrás, me muero.

Se tira del pelo y llora.

El hombre comparte esa oscura desesperación. Entra ciego de angustia en la casa y agarra a la criatura por el cuello. El prodigio no lucha, se deja arrastrar con la docilidad del que no conoce el mal, aunque se sorprende por la sensación extraña de un cuerpo caliente junto al suyo. Mateo lo encierra en la bóveda que hay debajo de la cuadra.

Pasan los días. No se oye ningún ruido abajo.

Arriba, sí: pocas palabras, muchos golpes, ningún canto de jilguero, algún llanto de la niña, sobrados susurros.

El hombre duda, siente miedo, remordimiento. Por fin decide abrir la portezuela de la bóveda. La criatura está acostada sobre unos sacos, la piel apagada, las alas marchitas, como de pájaro muerto. Una se le ha atrofiado y yace caída a sus pies. Huele a animal descompuesto.

Los hijos lo suben a una orden del padre y lo sientan en un serón. Tiene los ojos idos y la boca un poco abierta, se le derraman hilos de baba. Le ponen unos pantalones cuando ven que intenta taparse las ausentes vergüenzas y le dan un poco de agua. Vomita bilis negra. La criatura los mira aturdido, hasta que se fija en la niña, entonces llora, aunque ninguna lágrima asoma.

No tiene lágrimas, como no tiene culpa, como no tiene miedo, como no tiene origen, como no tiene memoria.

La familia queda en la deriva anterior. Atrás. Más que atrás.

* * *

El invierno despunta sobre los brotes del otoño. Otoño de escarcha negra. Los olivos preñados esperan. Es aún de noche. El hombre se levanta del lecho, tose, se ciñe el pantalón con una cuerda y sale al corral. Escupe. La mujer flaca, más flaca ahora, ordeña la cabra. La cabeza tapada con un pañuelo negro que oculta una herida donde antes hubo otras propinadas por el marido.

El hombre sube a llamar al único hijo que ha consentido quedarse con él. Grita.

–¡Haragán, arriba, no sirves *pa na güeno*!

La mujer da un respingo. Esta vez sabe a lo que ceñirse.

El padre baja la escalera y va a la despensa. Ablanda el tono:

–Miguel, es hora.

Miguel le llama. Miguel le ha puesto a la criatura. Miguel se levanta del camastro apartando con cuidado a la niña fea que, de madrugada, se escapa para dormir junto a él.

Miguel bosteza y se balancea, bobo. Al fin se levanta y sigue al hombre como un perrillo.

Se van por el camino. Miguel, un poco más rezagado, a unos pasos por detrás, a unos segundos de retraso, en un desfase atávico de su naturaleza inocente. Algunos cálamos pelados se le escurren por debajo de su camisa. Va chupando un saltamontes.

–Y ahora a *cargá* con un *tarao*, *¡cagonmisuerte!*

El hombre lo dice con la boca chica, por costumbre de maldecir. Sabe que *el Miguel* no se ofende, no guarda inqui-

na. Después de esperar lo peor, agradece que la criatura se haya quedado y les ayude en la recogida. Lo perdido, por lo hallado.

Llegan a los olivos, extienden los mantos y con las varas tiran las aceitunas al suelo para después meterlas en sacos. Miguel arranca algunas de una rama, moradas como hábitos de penitente, y se las mete en la boca. Mastica con ansia. Un líquido oscuro y amargo le mancha la barbilla. De pronto, algo le viene a la memoria quebrantada y, entonces, ríe escandalosamente, espantando a la aurora.

Ríe, ríe con desmedida, ríe con exagerada demasía.

Ahora lo recuerda.

Recuerda la apuesta con su Amo y se reconoce perdedor. Se atraganta y escupe baba, trozos de aceitunas y desesperanza. Se deja caer, encogiéndose sobre la pedregosa tierra.

La verdad se le ofrece desnuda. No hay paraísos. Al menos, ninguno donde el hombre quiera quedarse.